



# MUERTOS QUE ALUMBRAN

ÁNGEL MENDUIÑA  
IRIBARREN



# MUERTOS QUE ALUMBRAN

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN

©: Ángel Menduiña Iribarren

Publicación independiente

Depósito Legal: D 1608–2021

Publicado en ebook: 2020

1ª edición impresa: 2020

2ª edición en color: 2021

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN nació en Donostia–San Sebastián (Gipuzkoa) el 24 de septiembre de 1961. Ha escrito varios relatos de ficción juvenil como EL TREN DE LOS GARBANZOS (2011), MISTERIO EN LA VIEJA MANSIÓN (2012) y MUERTOS QUE ALUMBRAN (2020). Ha escrito, además, 16 relatos para adultos, resultando finalista en esta modalidad en el XXII Certamen Literario El Filandón, convocado por El Diario de León (2007), con la obra EL TÚNEL, y en el I Certamen Literario Huellas Plus 55 (2017), convocado

por el Ayuntamiento de San Sebastián, con la obra EL MEJOR REGALO.

En poesía ha escrito siete cuadernos: TIEMPO DE HIELO (1983-1989), con el que resultó ganador en el XX Certamen Euskal Herriko Poetak (1990), convocado por Editorial El Paisaje, ENCUENTROS CON EL AZAR (1990), NO TE OLVIDES (1990-2010), RIMANDO CON TRES HERIDAS (1990-2010), NANAS PARA DESPERTAR (2013-2016), TODO SE HALLA EN EL CAMINO (2017) y CICATRICES (2018-2019). Ha resultado finalista en varios certámenes literarios, como en el Euskal Herriko Poetak, entre los años 1984-1987, Gemma 1986, y Ayuda 1987 y 1988. Ha colaborado en diversas antologías y revistas literarias.

A veces no es necesario que cambie el mundo para encontrar la felicidad. Basta con que nos atrevamos a cambiar nuestra forma de contemplarlo.



## ÍNDICE

I CONOCIENDO A ALBA .....	11
II LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO .....	23
III EL PRIMER VIAJE A LA LUNA .....	43
IV EL HUNDIMIENTO DEL TITANIC.....	59
V LA CONQUISTA DEL EVEREST .....	73
VI EL MILAGRO DE LOS ANDES .....	85
VII EL ÚLTIMO ENCUENTRO.....	101





## I CONOCIENDO A ALBA

---

Alguien escribió una vez: “Hay vivos que están muertos, y muertos que te alumbran”. Y esto debe de ser verdad, pues ya han pasado casi veinte años desde que Alba murió y, aún, el eco de su dulce voz me sigue descubriendo los secretos de la vida, como cuando de niño la maestra nos señalaba las letras de la cartilla escolar para que aprendiésemos a leer.

Nunca le podré agradecer suficientemente todo lo que me enseñó en tan solo cinco días que pasó en el pueblo. Sus consejos, sus fabulosas historias. Verdaderas, como a ella le gustaba recalcar. Sus palabras

sencillas, pero reconfortantes. Su infinita sabiduría disfrazada de simplicidad, de incultura, que dirían algunos. ¡Cuán atrevida es la ignorancia! ¡Y cuánta necesidad reside en la falsa sabiduría engalanada de títulos que rara vez te llevan a la morada de la felicidad! Y luego estaba esa luz incombustible que emanaba permanentemente de sus ojos. Como una referencia que me ayudó a salir de aquel estado de confusión en el cual yo me encontraba, en plena travesía de mi adolescencia.

—¡Bah! —me decía mientras clavaba fijamente su mirada en mis ojos—. No te ocurre nada que no le haya sucedido antes a los demás. Se llama angustia vital. Y es la necesidad de encontraros a vosotros

mismos, de saber quiénes sois en realidad, de tomar distancia con vuestros padres. Es un pequeño terremoto emocional, similar al que producen las placas tectónicas al tratar de asentarse bajo la superficie terrestre. La adolescencia es lo mismo que estar en tierra de nadie —continuaba—, como hallarse en medio de un río, entre dos orillas a las que no pertenecéis. Cruzadlo tranquilos y sin prisas, sabiendo que si resistís, saldréis reforzados de esta situación, porque resistir es vencer. Casi siempre.

Todo empezó a mediados del verano de 2000. Yo tenía por entonces trece años, y pasaba ociosamente los largos días estivales con mi cuadrilla de amigos de toda la vida. Porque para mí, en aquel

momento, con aquella escasa perspectiva que yo creía infalible, siete años eran toda una vida.

—¿Qué haremos mañana? —le pregunté a Iker cuando llegamos con nuestras bicicletas a la plaza del pueblo.

—Podríamos repetir lo de hoy. No ha estado nada mal —se anticipó Miren, siempre animosa para cualquier actividad física que se le propusiese.

—¿De qué vas? —protestó Iker—. Estoy harto de hacer cada día lo mismo. No sé para qué queremos tantas vacaciones.

—Pues propón tú algo novedoso. Ya sabes que en este pueblo no hay muchas cosas que hacer.

—¡Eh, chavales! —se entrometió ella, seguramente atenta a nuestra conversación.

Se trataba de una anciana de unos ochenta años de edad, pero de espíritu alegre y dicharachero. Estaba al frente de uno de los puestos de artesanía del mercadillo que se instalaba en nuestra localidad entre el lunes y el viernes durante la segunda semana de julio.

—¿Seríais tan amables de ayudarme a colocar la mercancía del puesto dentro de la furgoneta? Mi hijo es el que normalmente me ayuda a desinstalarlo, pero durante esta semana no podrá ayudarme a recoger, pues le ha salido faena cerca de aquí, y ya sabéis cómo está la cosa. No se puede renunciar a nada si se

quiere comer. A cambio os recompensaré con unas pastas y os regalaré, además, lo mejor que tengo.

—¿Lo mejor que tiene? —se interesó Iker—.

¿De qué se trata?

—Se trata de mis historias.

—¿De sus historias? ¿No serán como las del cuento de Caperucita? Ya estamos un poco crecidos para eso. ¿No le parece? —rió sin disimulo.

—¡Nada de caperucita floja ni del gato con botox! —respondió con vehemencia la mujer—. Mis historias son verdaderas. Yo solo cuento historias verdaderas, pero sorprendentes.

—¡Caperucita floja y el gato con botox!  
—reímos todos a carcajadas la ocurrencia de la mujer.

—Sí, sí —confirmó ella—. Esos cuentos son para niños pequeños, pero a los muchachos mayores, como vosotros, yo solo narro historias reales; pero increíbles. Relatos en los que la realidad supera por mucho a la ficción.

—De acuerdo —me anticipé yo, intuyendo que íbamos a pasar un rato diferente. Me acerqué a ella presentándome, al tiempo que le estrechaba mi mano derecha.

—Mi nombre es Jon, y estos garrulos son Iker, Miren y Xabier. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Muchas gracias, chicos. Yo soy Alba. Tenéis que ir introduciendo todo lo que encontréis en los mostradores dentro de las cajas que están justo debajo, y a continuación llevarlas hasta la furgoneta y colocarlas en las estanterías que veréis dentro, según su numeración. La caja uno, en el hueco uno, la dos, en el dos, y así sucesivamente hasta que quede todo bien colocado. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! Entre todos lo tendremos terminado en un periquete. Usted siéntese a descansar, que ya habrá trabajado bastante. ¿Desde cuándo lleva en el puesto?

—Estoy aquí desde las cinco. Van a dar casi tres horas. Pero de sentarme nada. Yo también haré mi parte.

—No —bromeó Iker—. ¿Que desde cuándo lleva en el puesto? ¿Desde qué año?

—No vaciles a la mujer —intercedió Miren—. No le haga caso, señora Alba. Es que este chico, no es muy normal, el pobre.

—No os preocupéis —respondió ella—. Yo también he sido joven y comprendo vuestro sentido del humor. Es bueno tenerlo y no perderlo nunca. ¡Ah! —añadió—. Y no me llaméis de usted. Es algo que no me ha gustado nunca.

Alba nos contó que llevaba cuarenta y cinco años trabajando en la artesanía, viajando por cientos de pueblos para poder venderla.

Se trataba de prácticos recipientes de cerámica, así como de bonitos y originales objetos de adorno del mismo material, que ella y su hijo confeccionaban.

Por nuestro pueblo pasó unas quince veces, pero nunca nos percatamos de su presencia. Aunque a decir verdad, tampoco nos habíamos acercado mucho al mercadillo, salvo en alguna ocasión a los puestos de ropa y calzado, al de música y al de chuches.

Una vez terminada la tarea, Alba abrió una caja de pastas surtidas que guardaba en un cajón tapado por una fina cortina verde, y repartió su contenido. Resultaron ser unas pastas de una calidad excelente que a todos nos satisfizo.

—Y ahora lo prometido —nos dijo lanzándonos una mirada entre la dulzura y el agradecimiento, que jamás olvidaré. Si las miradas curaran heridas, aquella nos habría sanado para el resto de nuestras vidas.



## **II LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO**

---

—La primera historia que os voy a contar es la más antigua de todas, pero también la más espectacular —comenzó a relatar—. Me refiero a la primera vuelta al mundo. Se llevó a cabo entre 1519 y 1522. Se inició el 10 de agosto en el río Guadalquivir, en Sevilla, veintisiete años después de la llegada a América de Cristóbal Colón. Se trataba de una expedición española que tenía como objetivo alcanzar las islas Molucas, que es un archipiélago que se encuentra en Indonesia, en el océano Índico, para cargar las bodegas de sus barcos con las apreciadas especias

que allí abundaban. Pretendían encontrar una nueva ruta atravesando el continente americano recién descubierto, evitando así la vieja ruta que rodeaba África a través del cabo de Buena Esperanza y que, debido a un reciente tratado con Portugal, les estaba prohibida a las embarcaciones españolas.

“La expedición, capitaneada por Fernando de Magallanes, estaba compuesta por cinco barcos y 239 hombres. Tras navegar por el río Guadalquivir, salieron desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda al océano Atlántico y, después de una breve escala en Tenerife, pusieron rumbo a América.

La travesía se hizo infernal debido a las numerosas tormentas que obligaban a detener las naves

por miedo a naufragar. Una vez alcanzada la costa brasileña, los barcos comenzaron a bordear el continente americano hacia el sur, tratando de buscar un paso hacia el océano Pacífico. Y creyeron encontrarlo en el estuario del Río de la Plata, en Uruguay, pero resultó ser una gran bahía sin salida navegable hacia su objetivo.

Después de este fracaso continuaron hasta llegar a la Patagonia argentina, y allí, cerca ya de la Antártida, hallaron un puerto que les sirvió de refugio para pasar el invierno, que en aquellas latitudes se extiende entre junio y septiembre.

Pasado un tiempo, masacrados por el frío y el hambre, algunos oficiales y un buen número de ma-

rineros decidieron amotinarse con el propósito de regresar a España. Magallanes ordenó ejecutar a Quesada, máximo responsable de la sublevación, perdonando a los marinos restantes, incluido Elcano, pues no podía prescindir de ellos para gobernar las naves.

Al poco de superar este contratiempo perdieron uno de los barcos al estrellarse contra las rocas durante una terrible tempestad.

Una vez terminado el invierno austral, en octubre de 1520, y reemprendida la marcha, descubrieron un estrecho, bautizado posteriormente como el estrecho de Magallanes, que comunicaba los dos grandes océanos.

No resultó nada fácil su tránsito. Pues a sus más de quinientos kilómetros de longitud se añadían tramos en los que la poca profundidad de sus aguas durante las mareas bajas obligaba a detenerse, e incluso retroceder a las embarcaciones. Les costó más de un mes el poder atravesarlo, y durante su travesía, además, perdieron un segundo barco que desertó de la expedición, regresando a España.

Lo que ocurrió a continuación, para sorpresa de los marineros, fue que al otro lado se encontraron con un océano de unas dimensiones mucho más grandes de las que esperaban, y en su largo viaje hacia el Índico los supervivientes sufrieron el duro castigo del hambre y el escorbuto, debido a la falta de

alimentos y de agua, y a las malas condiciones de higiene que tenían a bordo.

Tras varios meses de agónica travesía llegaron a las islas Filipinas, en donde Magallanes, tras enfrentarse a una tribu indígena a la que menospreció, resultó muerto, junto a varias decenas de sus hombres.

Tiempo después, los poco más de cien supervivientes que quedaban, tras quemar otra de las naves por hallarse en estado deplorable, decidieron abandonar aquel lugar en las dos embarcaciones que restaban, la Trinidad y la Victoria. Juan Sebastián Elcano fue nombrado capitán de la segunda de ellas, mientras que Espinosa se hizo con el mando de la primera.

En noviembre de 1521 llegaron a las islas Molucas, destino del viaje, y cargaron las dos embarcaciones que aún les quedaban con clavo, una de las especias objeto del mismo.

Era a mediados de diciembre cuando decidieron regresar a España; pero una avería en la Trinidad hizo que esta se tuviera que quedar unos meses más, mientras era reparada, y solo la Victoria al mando de Juan Sebastián Elcano pudo iniciar el ansiado regreso.

Este lo hicieron por la vieja ruta no permitida que bordeaba África. Aunque más peligrosa que la otra por la presencia de los portugueses, resultaba mucho más corta.

Mientras la Trinidad era interceptada por los portugueses y sus navegantes hechos prisioneros al encontrarse, como ya os he dicho, en aguas no autorizadas según los tratados de la época, la Victoria, capitaneada por Juan Sebastián Elcano, continuó con su singladura.

Después de múltiples vicisitudes y tras superar un sinfín de contratiempos como tormentas, enfermedades y escasez de alimentos, los dieciocho supervivientes, navegando lejos de las costas y evitando tocar tierra para poder esquivar a los barcos portugueses, lograron alcanzar el puerto de Sanlúcar de Barrameda. Era el 6 de Septiembre de 1522.

Desde allí, debido a su mal estado, la nave fue remolcada por otra embarcación por el río Guadalquivir hasta Sevilla, punto de inicio de la expedición, en donde fueron recibidos por cientos de personas. Por fin habían completado la primera vuelta al mundo, confirmando que este era redondo, y habían empleado más de tres años en conseguirlo”.

Escuchamos el relato de un tirón. Casi sin rechistar. Algo habíamos oído hablar de él en la escuela. Pero nunca lo habíamos percibido con tanta precisión; con tanta claridad. Y la verdad es que a todos nos impresionó. Tenía razón Alba cuando decía que en sus historias la realidad superaba la ficción. Por lo menos en esta. No faltaban tormentas, naufragios,

motines, ataques... Era como una película que escuchada de sus labios, con aquella pasión que le ponía, con aquel entusiasmo que irradiaba cada una de sus palabras, no precisaba de más imágenes que las que había recreado nuestro pensamiento en el interior de nuestras cabezas.

—Ha estado guay —opinó Xabier de regreso a casa.

—Ha sido casi como estar en el cine —comparó Miren—. Pero la clave ha estado en su forma de contarlo. ¿Os habéis fijado qué énfasis ponía en cada palabra? Parece que las vivía, y no solo eso, sino que era capaz de transmitirnos esa sensación. Por lo menos a mí. ¿A vosotros no os ha ocurrido lo mismo?

—A mí sí —respondí—. Nunca nadie me había contado una historia de esa manera. Y nunca pensé que un relato real pudiera suscitarme tanto interés. Yo creía que las historias verdaderas eran aburridas. Por lo menos así me resultaban en el colegio, y que para escuchar una buena, esta tenía que ser inventada.

—A mí me parece que se os ha ido un poco la pinza. Ha estado bien. No lo voy a negar; pero tampoco ha sido para tanto —estimó Iker.

—Por lo menos no ha sido la de Caperucita floja —bromeé.

—Ni la del gato con botox —rieron todos recordando el juego de palabras de Alba.

A la mañana siguiente Xabier y yo quedamos en ir a la biblioteca para recabar información sobre el relato que Alba nos contó el día anterior. Queríamos saber si fue tal cual o si la mujer le había echado un poco de imaginación. A mí me seguía costando trabajo creer que la vida real pudiera dar lugar a aventuras que parecían propias de una novela salida de una de las mentes más imaginativas de la literatura.

Pero nada más lejos de aquel pensamiento. El abundante material que allí encontramos no hizo más que confirmar punto por punto todo lo que nos había

relatado Alba. Como ella decía, sus historias, por lo menos esta, eran reales.

Iker y Miren, que desde hacía algún tiempo habían estrechado significativamente sus lazos de amistad, prefirieron pasar la mañana juntos disfrutando de unas horas de intimidad. Todos habíamos quedado a la tarde para ayudar a Alba a recoger el puesto y escuchar la segunda de sus historias. ¿Superaría el nivel de la primera? Estábamos deseando saberlo.

—¿Tú entiendes a las mujeres? —me preguntó melancólico Xabier a la salida de la biblioteca.

—No lo sé —respondí yo sin comprender muy bien por dónde venían los tiros.

—¿No lo sabes? Yo creo que no las entiendes nada, gañán. Creo que hasta menos que yo. Que ya es decir.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por Miren. Hasta prácticamente ayer era inseparable de nosotros. Incluso conmigo parecía tener un feeling especial. Yo creo que estaba por mí. Y a mí ella tampoco me desagradaba. Y ahora, de la noche a la mañana, es como si solo quisiera estar con Iker.

—Igual es que a Iker no solo no le desagrada, sino que le gusta.

—¡Jo, tío! A mí también me gusta. Es una chica estupenda, y además, guapísima.

—Igual es que Iker, aparte de gustarle, se lo ha dicho.

—¡Vaya forma de ayudarme! Dejemos el tema. Ya veo que no tienes ni idea de tías. No sé para qué te cuento nada.

Nos despedimos delante de su casa para ir a comer. Era una vivienda unifamiliar de tres plantas situada a la entrada del pueblo. Yo se la envidiaba sanamente. Acostumbrado a vivir en un piso pequeño, había imaginado muchas veces lo divertida que tenía que haber sido su infancia corriendo por el inte-

rior de ella junto a sus hermanos. Subiendo y bajando las escaleras, jugando en su jardín. ¡La de aventuras que tenía que haber vivido! En más de una ocasión se lo había comentado.

—¿Aventuras? ¿Pero de qué aventuras me estás hablando? La única aventura era la de escapar de la zapatilla de mi madre. ¡No te digo!

Pero yo no terminaba de creérmelo.

Por la tarde nos juntamos en el frontón del pueblo. Estuvimos jugando a pelota y, entre partida y partida, contándonos algunos chistes a la espera de que llegase la hora de recoger el mercadillo.

Por fin llegó la ansiada hora. Nos dirigimos a la plaza, y Alba, en cuanto nos vio, nos hizo señales para que nos acercásemos.

—Vamos a darnos un poco de prisa. Parece que viene tormenta, y no me gustaría que se mojase la mercancía.

Terminamos rápidamente la tarea, más que por miedo a la tormenta, por las ansias que teníamos de oír el segundo relato. Y nos acurrucamos como pudimos en el interior de la pequeña furgoneta para escucharlo.

—¿De qué va la historia de hoy? —pregunté.

—Primero las pastas. Hoy tengo, además, un poco de chocolate. Lo calentaré.

Al poco tiempo teníamos sobre una pequeña mesita redonda de madera las cinco tacitas de chocolate caliente con sus correspondientes y deliciosas pastas.

Las comimos tan rápidamente que el detalle no escapó a la atención de la buena de Alba, que preguntó:

—¿Es que tenéis mucha hambre o es que estáis ansiosos por mi relato?

—Las dos cosas —contestó Miren por todos.

—Pues preparaos, que voy con mi segunda historia.



### **III EL PRIMER VIAJE A LA LUNA**

---

—El más fantástico de los viajes —comenzó su narración inclinándose hacia nosotros— se inició el 16 de julio de 1969 desde un lugar llamado Cabo Cañaveral, en la costa este de los EEUU.

“El viaje no empezó con buen pie, ya que dos años antes, un incendio accidental producido en un módulo espacial durante unas pruebas preliminares mató a los tres astronautas que lo ocupaban.

En el vuelo definitivo, denominado Apolo XI, viajaban otros tres astronautas llamados Armstrong,

Aldrin y Collins, que habían recibido un duro y largo entrenamiento para someterse a esta misión.

El cohete tuvo que alcanzar en los primeros minutos la increíble velocidad de 40.000 kilómetros por hora para poder vencer la fuerza de gravedad de la Tierra, y escapar así de ella. Luego, la velocidad media del trayecto se situó en unos 4.000 kilómetros por hora.

Cuatro días después, el 20 de julio, tras superar la no despreciable distancia de 384.000 kilómetros, alcanzaban su objetivo alunizando en la superficie de nuestro satélite, concretamente en el llamado Mar de la Tranquilidad. Permanecieron allí unas veinticuatro

horas, siendo Armstrong la primera persona en poner sus pies sobre él.

Posteriormente, Aldrin también tuvo el privilegio de andar sobre aquella hermosa superficie de polvo gris, y en compañía de Armstrong, mientras Collins se ocupaba de los controles de la nave, realizó las pruebas programadas.

La Luna es más pequeña que la Tierra. Su diámetro es apenas una tercera parte de esta, y tiene unas curiosidades que seguro os llamarán la atención.

Su superficie, como ya os he dicho, es de polvo grisáceo, y cuenta con montañas y numerosos cráter-

res debido a que, por la ausencia de atmósfera, no está protegida de la caída de meteoritos desde el espacio exterior.

En la Tierra, casi todos los meteoros procedentes del espacio se destruyen al chocar con nuestra atmósfera, y en la mayoría de los casos no llegan a su superficie más que pequeños restos”.

—¿Es lo mismo un meteoro que un meteorito?

—quiso saber Xabier.

—Se trata de los mismos objetos, lo que ocurre es que cambian de denominación según dónde se hallen. Veréis: Si se encuentran en el espacio exterior, se denominan meteoroides, y no son visibles a sim-

ple vista, si alcanzan la atmósfera terrestre, se incendian, haciéndose visibles y pasando a denominarse estrellas fugaces o meteoros, y si logran impactar sin destruirse en la superficie terrestre, pasan a llamarse meteoritos. En realidad son pequeñas rocas que orbitan por el sistema solar y que, como ya os he dicho, se destruyen incendiándose al entrar en contacto con nuestra atmósfera. Sin embargo hay excepciones, como la del gran meteorito de Yucatán, en México, que hace 66 millones de años acabó con la vida de los dinosaurios y dejó un cráter, que todavía puede verse, de 180 kilómetros de diámetro. Afortunadamente el hombre todavía no había aparecido en el planeta.

—¿Y cómo mató a los dinosaurios? —preguntó Iker.

—La desaparición de los dinosaurios no se debió directamente al impacto del meteorito, sino a que los gases y el polvo emanados de la explosión sometieron a la Tierra a un brusco cambio climático que acabó con tres cuartas partes de las especies que la habitaban, entre ellas, con la de estos gigantescos animales.

—Pues menos mal que hoy no existen animales así; si no, ¡qué sería de nosotros!

—Otro dato curioso es que en la Luna los días duran casi un mes, y la temperatura entre el día y la

noche puede oscilar fácilmente entre cien y menos cien grados, incluso más, debido a que por esa falta de atmósfera que os decía, su superficie no está protegida de los rayos solares ni retiene, durante los momentos de oscuridad, el calor recibido en los periodos de luz.

“Resulta también llamativo el hecho de que al ser su fuerza de gravedad menor que la de la Tierra, los cuerpos pesan allí seis veces menos, y por eso los astronautas se movían dando grandes saltos, al sentirse ligeros como plumas”.

—¡Ah, sí! —recordé yo—. Casi parecía que volaban.

—Veinticuatro horas después de alunizar, y tras contemplar por última vez el maravilloso espectáculo que era observar nuestro planeta desde la superficie lunar, los tres astronautas iniciaron el regreso a la Tierra, amerizando en el océano Pacífico tres días después.

“Posteriormente otras cinco naves tripuladas repitieron la experiencia de llegar hasta la superficie de la Luna, la última en 1972, aunque antes hubo otra, el Apolo XIII, que tuvo que abandonar este objetivo al producirse una explosión en los tanques de oxígeno. Los tres tripulantes salvaron sus vidas in extremis, cuando apenas contaban ya con oxígeno para respirar”.

—Este viaje sí que tuvo que ser alucinante —opiné con un suspiro—. Estar en otros planetas parece ciencia ficción.

—La Luna, ya sabéis, no es exactamente un planeta, sino un satélite. Pero ha quedado clara tu actualización.

—Mi abuelo —intervino Miren— nunca se creyó esta historia. Decía que fue una invención de los americanos. Que la bandera que colocaron ondeaba en un lugar en el que supuestamente no había aire.

—Mucha gente piensa de esa manera; pero estar seguros de que fue así. Esos pliegues no tenían movimiento. Se debían a la forma que adoptó la bandera

tras clavarla en el suelo. Si no hubiesen estado, ya lo habríamos sabido.

—Pero no tiene que ser fácil descubrir al que te engaña, si este dispone de tanto poder y de tantos medios para poder hacerlo.

—Es cierto; por eso hay que estar siempre alerta para detectarlo. Cuestionarlo todo; pero sin dejar de ser realista. Mi padre me enseñó un antiguo acertijo que consistía en averiguar cuál de los dos caminos que se encontraban en una bifurcación iba al pueblo de la verdad y cuál iba al pueblo de la mentira. Para deducirlo solo podíamos hacer una pregunta a un lugareño que se hallaba en dicha bifurcación, pero sabiendo que si este era del pueblo de la verdad, no nos

mentiría, pero si por el contrario fuera del pueblo de la mentira, no nos diría la verdad.

—¿Y qué pregunta era esa?

—¿No se os ocurre ninguna? Pues bastaría con preguntar ¿si fueras del pueblo contrario al que en realidad eres, y yo te preguntara por dónde se va al pueblo de la verdad, tú que me responderías?

—¿Y ya está? — preguntó Iker.

—Sí. Bastaría con elegir el camino contrario al que te indicó.

—Claro —razonó Miren—. Porque si fuera del pueblo de la verdad, al preguntarle qué contestaría si

fuese del otro pueblo, te mentiría. Y si fuese del pueblo de la mentira, te mentiría igualmente.

—¡Muy bien, Miren! —celebró Alba—. Hay que saberse manejar en la mentira.

—Y volviendo a lo de la Luna —interrogó Iker—. ¿Por qué se dejó de ir?

—Yo creo que los viajes eran bastante costosos y arriesgados. Y a decir verdad, tampoco encontraron allí nada lo suficientemente importante que motivara el seguir realizándolos. Pero con el tiempo seguro que se vuelve a ir con fines turísticos e incluso con proyectos de colonización. Pero yo ya no tendré la oportunidad de verlo.

—¿Y a qué otros sitios podría viajar el hombre fuera de nuestro planeta? —se interesó Xabier.

—Lo más cercano y asequible es Marte. Pero igualmente pasarán aún muchos años antes de que lo alcancemos. Cuenta con una montaña que tiene 30.000 metros de altitud. ¡Casi cuatro veces más alta que el Everest!, la montaña más alta de la Tierra.

La segunda historia de Alba, quizá no fue tan dinámica como la primera, pero sí más increíble y más abierta a esos misterios del universo que a mí tanto me fascinaban.

Definitivamente lo de Alba con las historias era un don, y ciertamente, a pesar de ser reales, no tenían nada que envidiar a las ficciones más inspiradas.

—Me gustaría ser astronauta —deseó Xabier.

—No te hace falta —se burló Iker—. Ya te pasas casi todo el día en la luna.

—Me pregunto con qué historia nos saldrá mañana —quiso saber Miren.

—No lo sé —respondí yo—. Pero seguro que estará al nivel de las dos primeras. Alba no nos decepcionará.

Y así fue. Al día siguiente, a la hora convenida, una vez recogido el puesto y haber disfrutado de su

deliciosa merienda, Alba dio comienzo, con la pausa y la pasión que le caracterizaba, a su tercer relato.



## IV EL HUNDIMIENTO DEL TITANIC

---

—La historia más dramática, y de la que seguro todos habéis oído hablar alguna vez, es la del hundimiento del Titanic.

“El Titanic fue un gran transatlántico que se terminó de construir en 1911. Era el barco de pasajeros más grande construido hasta el momento. Medía casi 300 metros de eslora y contaba con una capacidad para unos 2.500 viajeros más 800 tripulantes. Era una auténtica ciudad flotante llena de lujos, sobre todo para los pasajeros de primera clase. Sus constructores lo habían considerado como insumer-

gible: “A este barco no lo sumerge ni Dios”, aseguraron con prepotencia.

El viaje inaugural se inicio el 10 de abril de 1912, y el trayecto a realizar era desde Southampton, en Inglaterra, hasta Nueva York. Una distancia de más de 5.000 kilómetros que pretendían realizar en menos de ocho días, todo un récord para la época.

Durante la cuarta noche de la travesía, la del 13 al 14 de abril, algunos barcos alertaron al Titanic de la existencia de icebergs por la zona, para que navegaran con precaución, pero sus tripulantes, sintiéndose seguros, no hicieron demasiado caso a estos avisos.

A media noche, cuando el capitán se había retirado a descansar y el barco estaba siendo comandado por el segundo oficial, apareció de improviso un gran iceberg delante de ellos. El segundo, para evitar el choque frontal contra él, como indicaba el protocolo, ordenó equivocadamente virar a estribor; pero la mala suerte hizo que la nave no consiguiera salvar del todo el obstáculo, y en el roce que se produjo entre ambos, el descomunal trozo de hielo rajó una gran parte del casco del barco desde proa hacia popa.

Esto hizo que muchos de los compartimentos estancos que la nave tenía para asegurar su flotabilidad se inundaran, provocando en apenas dos horas el hundimiento del gigantesco transatlántico”.

—¿Por qué dices que el segundo se equivocó al ordenar virar a estribor? —inquirió Miren.

—Porque si hubieran chocado frontalmente con el iceberg, solo habría habido daños en la proa de la embarcación, pero no a lo largo de todo su casco. Habría habido muchos heridos por el impacto, pero probablemente el barco no se hubiera hundido.

“Al principio la gente apenas se dio cuenta del hecho. Incluso algunos pasajeros se divertían en las cubiertas jugando con los trozos de hielo que habían caído sobre ellas.

Pero el capitán, tras examinar los daños, enseguida se percató de la gravedad de la situación y dio

órdenes para iniciar de inmediato la operación de salvamento.

Lo que ocurrió fue que no tenían botes salvavidas más que para unas 1.200 personas, cuando en el barco viajaban entre pasajeros y tripulantes, 2.200.

Ordenaron poner a salvo en primer lugar a las mujeres y a los niños, pero en medio del caos reinante esto no se llevó a cabo con rigurosidad.

Para empezar, los botes salvavidas se iban con apenas la mitad de su capacidad, por el miedo a que la gente, presa del pánico, se echara sobre ellos, rebasando su aforo y provocando su hundimiento.

Así, tan solo consiguieron salvarse 700 de las 1.200 personas que lo podrían haber hecho”.

—Pero ¿por qué no llevaban botes salvavidas para toda la gente que viajaba? —preguntó incrédula Miren.

—Aunque resulte difícil creerlo, la legislación del momento solo obligaba a llevar botes para una tercera parte del aforo del barco. Y el Titanic se limitó a cumplir con esos mínimos.

—Al menos los niños se salvarían —intervine.

—No fue exactamente así. Ya os dije antes que esta orden no se ejecutó con exactitud. Lo de salvar primero a los niños y a las mujeres se cumplió, más o

menos, entre los pasajeros que viajaban en primera y en segunda clase; pero no así en los que lo hacían en tercera, que eran la mayoría. Se trataba, sobre todo, de personas que se trasladaban a EEUU en busca de una oportunidad. Era gente humilde, que en muchos casos viajaba en familia y que había hecho un gran sacrificio para poder pagar los pasajes que les abriera la puerta a una nueva esperanza. Ellos no contaban con los lujos de los que viajaban en primera clase. Y a la hora de salvarse no corrieron la misma suerte. Solo la mitad de las mujeres y una tercera parte de estos niños lograron sobrevivir.

“Mientras el gran trasatlántico zozobraba en las heladas aguas del Atlántico —continuaba su relato—,

trataron de comunicar con los barcos más cercanos, por si alguno tuviera tiempo suficiente para acudir al rescate antes de que se consumara la tragedia. Pero el más próximo con el que consiguieron contactar fue otro transatlántico, cuyo nombre era Carpathia, que se hallaba a unos cien kilómetros de distancia. Al recibir el mensaje de socorro se dirigió a toda máquina hacia donde se encontraba el Titanic, pero tardó más de tres horas en llegar, y solo tuvo tiempo de recoger a los cientos de personas que navegaban a la deriva en la negra noche por las proximidades del luctuoso suceso. Fue una de las mayores tragedias marítimas ocurridas hasta ese momento. Murieron 1.500 personas. Los restos del Titanic continúan sumergidos en aquel lugar a casi 4.000 metros de profundidad”.

—Es una historia terrible —puntualizó Miren—. Ya la conocía. Un día vi con mi padre una película sobre eso.

—Es cierto —asentí yo—. Creo que trabaja Leonardo DiCaprio,

—Alba —preguntó Iker—, ¿y no sabes si en la zona del siniestro se han oído lamentos o han sucedido hechos extraños? Dicen que a veces ocurren en lugares donde han pasado cosas así.

—¡Ah, sí! —confirmé yo, muy aficionado a los fenómenos paranormales—. Sucede cuando se da una infestación.

—¿Una infestación? —preguntó Miren—. ¿Qué demonios es eso?

—Según los entendidos es cuando tras un suceso cargado de mucha tensión y mucho dolor, se libera alguna clase de energía que permanece en la zona durante años, dando lugar a diferentes tipos de fenómenos, como las psicofonías.

—¡Espero no tener que enfrentarme nunca a nada parecido!

—Bueno —sentenció Alba—, yo nunca he oído que pasara nada de eso en ese lugar. Pero en otros sitios sí que he oído hablar de poltergeists, pero la verdad es que no sé muy bien de qué se trata.

—Los poltergeists —maticé yo— o casas encantadas son fenómenos diversos de origen paranormal como ruidos, luces o movimientos de objetos, que se dan en algunas casas; pero que casi siempre tienen que ver con algún habitante de ella, que de manera inconsciente libera algún tipo de energía que causa el fenómeno.

—Veo que sabes mucho de este tema —me halagó Alba—. Hoy hemos aprendido todos un poco más sobre él.

—¡Qué miedo! Espero que el aprendizaje se quede en la teoría y no pase a la práctica —apuntó Miren—. Es increíble la cantidad de misterios que hay en el mundo.

Al día siguiente por la mañana hablamos mucho de la historia del Titanic y de los fenómenos paranormales que tanto me atraían.

Xabier estaba especialmente contento, pues Iker y Miren se habían unido también al grupo, y las horas se nos hicieron minutos hablando de esos temas tan interesantes.

Por fin llegó la cuarta tarde. La hora de la cuarta historia, que todos esperábamos con auténtico interés.

¿Con qué nos sorprendería Alba esta vez? ¿Rebasaría el listón de los días precedentes? Muy pronto saldríamos de dudas.





## **V LA CONQUISTA DEL EVEREST**

---

---

—Mi cuarta historia es la que alberga el mayor misterio de todas —comenzó a relatar Alba una vez terminada la recogida del puesto—. Se trata de la conquista del Everest.

“El Everest es la montaña con más altitud de la tierra, pues se encuentra nada más y nada menos que a 8.800 metros sobre el nivel del mar.

Está situada en la cordillera del Himalaya, que es una cadena montañosa de más de 2.500 kilómetros de longitud situada en Asia, y que atraviesa países como China, Nepal, India o Pakistán. En ella se

encuentran concentradas las mayores montañas de la tierra.

Pero a pesar de su enorme altitud debéis creer que hace millones de años toda esta cordillera se hallaba bajo el nivel del mar”.

—Y ¿cómo hizo para elevarse tantos metros sobre él? —interrogó curioso Xabier.

—No sé si habéis estudiado los terremotos. Si todavía no lo habéis hecho, ya aprenderéis como bajo la superficie terrestre, las llamadas placas tectónicas chocan unas con otras, provocando además de los movimientos sísmicos, grandes rugosidades en la corteza terrestre, que con el paso de los años se con-

vierten en pequeñas o grandes montañas, como las que os estoy nombrando.

“El caso es que en 1924 hubo una expedición británica que se propuso alcanzar por primera vez la cima de esta majestuosa montaña, el Everest.

Un montañero llamado Mallori y su sherpa, Irvine, se hallaban cerca de la meta. Estaban siendo observados por sus compañeros desde un campamento unos metros más abajo. De repente, un empeoramiento del tiempo los envolvió en una niebla en la que desaparecieron de la vista de sus amigos, para no volver aparecer.

Hubo quien opinaba que nunca alcanzaron el objetivo de subir a la cumbre más alta del mundo, pero otros, en cambio, defendían la teoría contraria, sosteniendo que lo más probable es que se perdieran en el descenso, una vez después de haberlo logrado.

Veintinueve años después de aquello, en 1953, otra expedición logró poner en la cúspide del planeta al montañero neozelandés Edmuand Hilari, junto a su sherpa, Tenzing Norgay. No habiendo encontrado rastro alguno de los alpinistas anteriores, se les otorgó a estos el honor de ser considerados como los primeros hombres en alcanzar dicha cima.

No fue hasta el año pasado que apareció el cuerpo de Mallori. Estaba en bastante buen estado

debido a las bajas temperaturas de la zona. Por desgracia no pudo encontrarse la cámara de fotos que podía haber probado lo que realmente ocurrió aquel lejano día. Probablemente estaría en manos de su sherpa, Irvine, en el momento del fatal desenlace. Aún se sigue buscando su cuerpo para poder resolver definitivamente el misterio.

Las dos teorías se siguen manteniendo, mientras tanto. El hecho de que a Mallori no se le encontrara una fotografía de su mujer, que llevaba consigo para dejarla en la cumbre, hace pensar a muchos, que lograron su objetivo; pero como argumentan los contrarios a esta teoría, bien pudo haberla sacado del

bolsillo para recordarla en sus últimos momentos, y haberse extraviado. Es verdaderamente conmovedor.

Después de todo esto cientos de montañeros han conseguido conquistar la mítica cima.

Pero si es espectacular una montaña de 8.800 metros de altitud, imaginaros cómo tiene que ser una de 30.000”.

—¡Ah. Si! —recordó repentinamente Miren—. En la historia de la conquista a la Luna nos hablaste de una montaña de 30.000 metros de altitud que estaba en Marte. ¿No es cierto?

—Efectivamente. Veo con agrado que estáis atentos a mis historias. Aquella montaña descomunal

como ninguna otra conocida se llama Olimpo; y seguro que algún día será también conquistada. Pero para que esto ocurra tendrán que pasar aún muchos años.

—A mí me gusta pensar que Mallori y su sherpa lo consiguieron. Por lo menos habrían logrado su sueño antes de morir —deseó Miren.

—Una vez leí que un montañero que había perdido a su padre en el Himalaya siendo él un bebé, lo encontró en la nieve mucho tiempo después, y pudo conocer el rostro de su padre cuando era más joven que él, pues las bajas temperaturas lo habían conservado perfectamente durante los años que pasaron —intervino Iker.

—¡Jo! —se sorprendió Xabier—. Esto sí que es para alucinar. Casi como viajar en el tiempo.

—¿Sabéis que si una persona consiguiera acercarse a la velocidad de la luz, aunque solo fuese durante unos segundos, para ella serían eso, solo unos segundos, pero para el resto serían cientos de años, y a su regreso ya nada estaría como antes? —pregunté yo.

—¿Eso es verdad? —me miró incrédula Alba.

—Sí —le respondí—. Tiene que ver con la Ley de la Relatividad de Einstein. Los agujeros negros que hay en el universo, que en realidad son cadáveres de gigantescas estrellas, tienen una fuerza de gravedad

tan enorme que serían capaces de atraernos a esas velocidades.

—Y dar un pequeño saltito en el tiempo ¿no?

—bromeó Iker.

—Bueno, chicos —concluyó Alba—. Ahora toca volver a casa y dar otro pequeño saltito en el tiempo para que mañana os pueda contar la última historia. Lo pasé muy bien con vosotros, pero por desgracia la semana del mercadillo ha llegado a su fin.

—¿De qué irá el relato de mañana? —le quiso sonsacar Miren.

—No voy a adelantaros nada. Pues se trata de una sorpresa. Solo os diré que es la más emotiva de

todas. Y la más reciente. Una historia que, pese al enorme dolor que encierra, guarda también uno de los gestos más hermosos que ha conocido la humanidad.

Alba nos dejó a todos intrigados con sus palabras. Estábamos deseando que llegara el momento de escucharla, y aquella noche no dejamos de especular sobre de qué podría tratar su última historia.

Al día siguiente era el cumpleaños de Xabier. Yo le regalé una gorra, a las que era tan aficionado; pero la verdadera sorpresa se la dieron Iker y Miren, que durante los días precedentes habían estado tramando conjuntamente un plan para sorprenderle. ¡Y vaya que lo hicieron! A él, que era tan apasionado a

la pelota vasca, le regalaron una camiseta firmada por su pelotari favorito. Pero lo que más le alegró al bueno de Xabier fue saber que los cuchicheos en los que andaban sus dos amigos solo tenían la intención de comprarle algo conjuntamente para el día de su cumpleaños. Y que Miren aún seguía mostrando el mismo interés de siempre por él.

Al final de la tarde, tras los consabidos precedentes de recoger el puesto y disfrutar de las deliciosas pastas con chocolate, nos encontramos por última vez ante la siempre sorprendente Alba.



## **VI EL MILAGRO DE LOS ANDES**

---

—La historia más reciente y más emotiva de todas es la conocida como “El milagro de los Andes”.

“Comenzó el 12 de octubre de 1972, cuando un grupo de jóvenes aficionados al rugby pertenecientes a una universidad de Montevideo (Uruguay), se dirigía en un pequeño avión a Santiago de Chile para jugar un partido amistoso contra otro equipo también universitario de esa ciudad.

En el avión, entre jugadores, amigos y tripulación, viajaban cuarenta y cinco personas.

Tras sobrevolar suelo argentino, y debido al mal tiempo, el aparato hizo una pequeña escala en la ciudad argentina de Mendoza, situada a pie de la cordillera de los Andes, la cual hace frontera entre Argentina y Chile.

Cuando parecían haber mejorado las circunstancias meteorológicas, el avión reanudó el viaje poniendo rumbo hacia el llamado Paso del Planchón, que se hallaba un poco más al sur, y por el que pretendían atravesar la cordillera.

El aparato debía girar al norte una vez volara sobre la ciudad chilena de Curicó, pero debido a un error de los pilotos provocado probablemente por las malas condiciones atmosféricas y por la escasa visi-

bilidad, realizó esta maniobra antes de tiempo, cuando aún se encontraba en plena cordillera.

Tras perder las dos alas y la cola al golpearse con varias montañas, el fuselaje, que es el habitáculo en el que se sientan los pasajeros, se deslizó por una pendiente y quedó parado sobre la nieve en el fondo de un valle rodeado de montañas de más de 4.000 metros de altitud.

El espectáculo con el que se encontraron los supervivientes era desolador. Estaban aislados, algunos malheridos, en un lugar a más de 3.000 metros de altitud en el que las temperaturas podían superar los veinte grados bajo cero, y no contaban ni con ropa ni

con comida suficiente para aguantar mucho tiempo esa situación.

Los veintinueve jóvenes que sobrevivieron al impacto y a los primeros días de aislamiento recibieron por un pequeño transistor que tenía uno de ellos la cruenta noticia de que tras varias jornadas de infructuosa búsqueda, esta había quedado definitivamente suspendida, dándose por muertos a los desaparecidos.

El severo golpe, lejos de amilanarles, les hizo tener claro que si querían salir de aquel lugar con vida tendría que ser por sus propios medios; así que comenzaron a organizarse y a tomar decisiones.

La más dura fue resolver cómo iban a solucionar el problema de la alimentación, pues no contaban con prácticamente nada, y por allí no existía ningún tipo de planta ni animal que pudieran consumir.

La única solución era alimentarse con la carne de sus compañeros muertos. Aunque alguno se resistió al principio, al final todos estuvieron de acuerdo y, en un gesto de infinita generosidad, los supervivientes hicieron un pacto en el que ofrecieron sus cuerpos a los demás en caso de que fallecieran.

Había quien quería intentar salir de allí inmediatamente, pero al final se aprobó la propuesta de los que defendían que si esperaban a que llegara el verano, tendrían más posibilidades; y que, mientras

tanto, podrían hacer pequeñas expediciones de reconocimiento que les sirvieran de entrenamiento. Os recuerdo que en estas latitudes el verano comienza el 21 de diciembre, cuando aquí lo hace el invierno.

Una noche, mientras la mayoría dormía, un alud que cayó sobre el aparato desde una montaña cercana se llevó la vida de ocho de ellos. Este nuevo mazazo a la moral de los chicos, unido a que también estaban perdiendo día a día a los heridos más graves, hizo que se aceleraran los preparativos para poner en marcha la expedición definitiva.

Dos meses después del accidente, tres de los dieciséis supervivientes comenzaron la ansiada expedición. Tras un enorme esfuerzo alcanzaron la

cumbre de una gran montaña desde la que confiaban ver al oeste los grandes prados verdes de Chile. Pero nada más lejos de la realidad. En todo lo que alcanzaban a ver solo vislumbraban nieve e inmensas montañas blancas.

Tras los primeros minutos de frustración se recompusieron y consideraron que lo mejor sería que uno de ellos regresara al avión, para que los otros, con sus raciones de comida, tuvieran más oportunidades de salir de la cordillera.

Así lo hicieron, y diez días después desde que abandonaran el aparato, tras una larga y penosa marcha, cuando ya sus fuerzas estaban a punto de aban-

donarles, comenzaron a observar a su alrededor cada vez más espacios verdes.

Un día vieron a unos arrieros al otro lado de un río. Les hicieron toda clase de señales para llamar su atención, pero estos, creyendo que se trataba de unos turistas, no les prestaron mucho interés.

Al día siguiente, al repetirse la escena en el mismo lugar, uno de los hombres se acercó hasta la orilla del río y les lanzó, envueltos en un papel, una piedra y un bolígrafo.

Los jóvenes recogieron la piedra, y uno de ellos escribió con el bolígrafo en el papel un mensaje en el que se identificaban como supervivientes de un

avión que dos meses antes se había estrellado en las montañas. A continuación, emulando al arriero, se lo devolvieron todo por el mismo sistema.

El hombre, después de leer detenidamente el mensaje, les hizo una señal de conformidad y partió de inmediato en su caballo en busca de ayuda. Tuvo que cabalgar más de cien kilómetros para poder hacerlo.

La operación de rescate no resultó nada sencilla, pero dos días después los dieciséis chicos se encontraban sanos y salvos.

Tras superar un reconocimiento médico en el que, dadas las circunstancias, se certificó el buen es-

tado de todos, los muchachos, en compañía de sus familiares, se volvieron a juntar para celebrar unidos las navidades.

Existen una película y un libro que rememoran estos hechos”.

—¿Cómo se titulan? —se interesó Miren.

—¡Viven!

—Procuraré encontrarlos. Es una historia muy triste, pero alegre a la vez. Por los que se salvaron.

—Sí —ratificó Alba—. A mí me resulta muy conmovedor el pensar cómo la muerte de unos dio vida a tantos. Porque no solo viven los compañeros que se salvaron gracias a aquel gesto, sino sus hijos.

Y más adelante, incluso sus nietos, y así, generación tras generación. Cientos de personas que podrán agradecer a aquellos amigos del pasado todo lo que son o lo que sean en el futuro.

—Creo que es lo máximo a lo que puede aspirar una persona en vida. Dejar caminos abiertos para que otros puedan andarlos.

—Es hermosa tu comparación, Miren. Me viene a la cabeza la letra de una canción de Silvio Rodríguez, un cantautor de mi tierra, Cuba, que dice:

“Al final

de este viaje en la vida quedará

nuestro rastro invitando a vivir.

Por lo menos por eso es que estoy aquí”.

—Nunca la había oído, pero me gusta.

—Es demoledor saber que personas que ya se han ido siguen aportando más que otras que aún tienen la vida. Me da escalofríos el pensar que pueda convertirme en una de esas personas que aportan menos que un muerto.

—Tu nunca serás de esas personas, Alba —le aseveré con rotundidad.

—Espero de corazón que vosotros tampoco.

Hubo muchas lágrimas aquella última tarde. Al día siguiente, muy temprano, vendría el hijo de Alba a recogerla, y juntos partirían a otro pueblo, llevando

su artesanía y su luz a quién sabe qué remotos lugares.

Antes nos dejó sus últimos consejos:

—La vida es como un viaje. Ya se encargará ella de pararos en todas las estaciones. No tengáis prisa. Disfrutad de él. Del sitio en donde estéis. A vosotros os gustaría ser mayores para poder hacer cosas que ahora no podéis; pero creedme si os digo que a mucha gente mayor le gustaría tener vuestra edad para poder hacer precisamente las cosas que hacéis vosotros. Es una de las grandes contradicciones de la vida. Y no os desesperéis si un día os levantáis y descubris que no tenéis buenas cartas para jugarla. Es fácil llegar lejos con buenas cartas; pero a veces,

muchas veces, tiene más mérito el saber mantenerse digno con malas. Sin dejar de luchar. El espíritu de lucha aporta más a la persona que lo que pueda aportar la propia victoria. Y todo esto también hay que saber ponerlo en valor.

“Hay vivos que están muertos, y muertos que te alumbran”. A mí también me da vértigo pensar en esta frase. Saber que podemos pasar por la vida desperdiciando sus momentos irrepetibles y aportando menos que un cadáver, me pone los pelos de punta. ¡Y sin embargo, eso le ocurre a tanta gente...!

Desde que la interioricé, creo que no he tenido más objetivo en mi vida que el de alumbrar. El de alumbrar mientras exista, y ¿por qué no?, incluso

después. Para ello solo tengo que recordar a Alba. A nuestra entrañable y querida Alba. Aprender de ella. Sé que nunca llegaré a ser igual. Porque Alba era única e incomparable. Pero me conformaré con seguir su ejemplo, con transmitir un poco de la luz que brillaba en sus ojos y que hoy, veinte años después, todavía ilumina mis pasos.



## VII EL ÚLTIMO ENCUENTRO

---

Al año siguiente Miren y yo acudimos al puesto de Alba en cuanto instalaron el mercadillo de verano. Pero nos encontramos con que era su hijo Fidel el que lo regentaba. Nos dijo que su madre se hallaba delicada de salud y que estaba internada en una residencia. Comunicamos la noticia al resto de la cuadrilla y todos nos sentimos muy compungidos. Decidimos organizarnos para hacerle una visita, y en los últimos días de ese verano, el padre de Xabier, que tenía una furgoneta lo suficientemente amplia como para que entrásemos todos cómodamente, nos acercó hasta el centro en donde estaba ingresada Alba. Se

encontraba en otra localidad a unos 150 kilómetros de la nuestra.

Al llegar a la entrada del centro nos despedimos momentáneamente del padre de Xabier, con el que quedamos en encontrarnos dos horas después en ese mismo lugar.

Tras atravesar una primera puerta que nos condujo a un amplio y florido jardín, enseguida llegamos a otra que daba acceso al interior del edificio.

Era una gran casa antigua, pero bien conservada, con numerosos y grandes ventanales. Parecía muy luminosa.

En su interior había un largo mostrador, tras el cual una joven nos recibió muy amablemente y, tras identificarnos, nos invitó a esperar a Alba en una sala contigua.

Estuvimos esperando durante unos minutos que se nos hicieron eternos.

Todos estábamos ansiosos por volverla a ver, por abrazarla, por saber de ella.

Al cabo de un rato Alba apareció por una puerta al fondo del salón en el que permanecíamos aguardando.

Venía sentada en una silla de ruedas empujada por una cuidadora ataviada con una bata rosa.

Al vernos se llevó una alegría monumental. Ya apenas podía caminar, pero aún seguía teniendo ese carácter tan jovial y esa luminosa mirada que tanto me embelesó desde el principio.

Alba nos dijo que se encontraba bien, que estaba contenta, que había hecho amigas, y que en aquel lugar no la trataban mal.

—Las cuidadoras son chicas excelentes y hacen todo lo posible para que estemos a gusto —nos dijo con una sonrisa.

—Seguro que las tienes impresionadas con tus historias —aseguró Miren.

—¿Sus historias? —preguntó otra cuidadora que en ese momento se acercó hasta nosotros—. Son ya famosas en esta residencia. Cada viernes a la tarde nos cuenta una, y nos tiene a todo el personal y a todos los residentes en vilo esperando ese momento.

—Le creemos.

Todos nos contemplamos con una mirada de complicidad, y sin saber muy bien por qué extraña conexión nos echamos a reír al mismo tiempo.

Y esa fue la última vez que vimos a Alba. Dos años después supimos por su hijo que había fallecido, aunque, y os aseguro que no es un tópico, aún sigue viva en nuestros corazones.



